

La crisis en las relaciones entre Europa y Rusia. Factores de tensión y distensión

*Laura Ibarra García*¹

Resumen

El artículo analiza los factores que han contribuido a la tensión de las relaciones entre Rusia y Europa, al mismo tiempo que señala elementos que pueden contribuir a la distensión del conflicto. El punto fundamental de éste es la ampliación de la Unión Europea y la OTAN hacia el Este y los intentos de Rusia por recuperar su liderazgo en la zona de influencia de la extinta Unión Soviética. Momento culminante de esta pugna ha sido la guerra en el este de Ucrania, entre separatistas apoyados por Moscú y el gobierno de Ucrania que intenta mantener la integridad de su territorio. Ante la política rusa, Occidente ha optado por sanciones y la exclusión de Rusia del G8. Por otro lado, la canciller alemana Angela Merkel aparece como principal protagonista en los esfuerzos por imponer la paz y distender el conflicto, ante los reclamos de los políticos estadounidenses que exigen una presencia más contundente de la OTAN.

Palabras clave: Rusia, Ucrania, Europa, Putin, Merkel.

THE CRISIS IN THE RELATIONSHIPS BETWEEN EUROPE AND RUSSIA. FACTORS OF TENSION AND DISTENTION

Abstract

The article analyzes the factors that contribute to the tense relationship between Russia and Europe, it also point out the situations that could help to relieve the conflict. The main cause of the conflict is the European Union and NATO's expansion eastward as well as Russia's attempt to recover its leadership within the influence zone of the extinct Soviet Union. The climax of this struggle has been the war in eastern Ukraine, between Moscow-backed separatists and the Ukrainian govern-

1. Profesor investigador Titular C, Centro de Estudios Europeos, Universidad de Guadalajara, México. Correo electrónico: 95nubi@megared.net.mx

ment trying to maintain the integrity of its territory. To Russia's politics, the West has opted to sanction and exclude Russia from G8. On the other hand, the German Chancellor Angela Merkel appears as the main player in the effort to bring peace and defuse the conflict, before the complaints of US politicians that demand a stronger presence of NATO.

Key words: Russia, Ukraine, Europe, Putin, Merkel.

La crisis en las relaciones entre Europa y Rusia. Factores de tensión y distensión

Las actuales relaciones entre Europa y Rusia semejan a las que imperaban en la fase tardía de la Guerra Fría y constituyen uno de los hilos amenazados por el desgarre en el tejido que constituye el orden internacional. Mijaíl Gorbachov (2015), ex presidente de la extinta Unión Soviética, señala que la pérdida de confianza es catastrófica: «Moscú no cree en Occidente, y Occidente no cree en Moscú. (...) Solo falta que alguien pierda los nervios en esta situación, para que no sobrevivamos los siguientes años» (p. 97), advierte en una entrevista.

Para los gobiernos europeos, en tan solo un año, Rusia ha pasado de ser un interlocutor difícil a un adversario. Los sectores que durante la Guerra Fría hacían de Estados Unidos el blanco de sus ataques, ahora incluyen a Europa. En los periódicos rusos se habla de una Europa «débil, temerosa y cobarde, que no quiere escuchar o ver lo que sucede en el mundo real», ahí ocupan el poder personas que «han perdido toda visión estratégica», que «ni siquiera pueden mirar hasta el horizonte» (Neef, 2014a, p. 98).²

Este clima de desconfianza se debe principalmente a las consecuencias de los esfuerzos de Moscú por recuperar el papel protagónico que tuvo en la época de la Guerra Fría y de vincular a las ex repúblicas de la Unión Soviética con una organización sometida a su control. Como es conocido, Vladimir Putin considera la caída de la Unión Soviética como «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX»,³ y ha decidido revertir en lo posible esta situación, ignorando los acuerdos internacionales y recurriendo eventualmente a la fuerza militar. Estos afanes por recuperar su

2. Las traducciones del alemán al español fueron hechas por la autora.

3. En su mensaje anual a la nación en 2005.

zona de influencia chocan frontalmente con los proyectos de ampliación hacia oriente de la Unión Europea (UE) y los deseos de varios Estados por liberarse del orden impuesto en la Conferencia de Yalta y de integrarse a Occidente.

De ahí que las medidas diplomáticas que ahora se discuten tanto en Alemania como en la UE busquen frenar el nuevo expansionismo ruso y solucionar la crisis que ha resultado de la contradicción de intereses. Este artículo busca precisar los factores que han contribuido — y que muy probablemente continuarán haciéndolo — con la tensión de las relaciones entre Rusia y Europa, pero también señala elementos que pueden colaborar con la distensión del conflicto.

La ampliación de la Unión Europea y la OTAN hacia Oriente y los intentos de Rusia por recuperar su liderazgo en la zona de influencia de la extinta Unión Soviética

A fines de 2008 Bruselas lanzó el programa de Asociación Oriental que busca estrechar las relaciones de la UE con las ex repúblicas soviéticas del este de Europa y el Cáucaso («UE: La Asociación Oriental en cifras», 2013); esta intención despertó el enojo del Kremlin. Fueron especialmente las negociaciones con Ucrania, que finalmente debían conducir a la completa adhesión del país a la UE, las que motivaron una agresiva reacción de Moscú. Después de que en mayo de 2009 el bloque comunitario ofreció a Ucrania una estrecha colaboración económica y política, Rusia construyó su propia organización que pretende integrar a las ex repúblicas soviéticas en un espacio económico: la Unión Euroasiática. Para recuperar el protagonismo que una vez tuvo en el escenario internacional durante la Guerra Fría y como contrapeso a la UE, Moscú creó su propia comunidad en la cual Ucrania debía ocupar una de las posiciones centrales, pero la posibilidad apareció tarde, cuando el gobierno ucraniano estaba a punto de firmar el Acuerdo de Asociación con la organización europea, lo cual contaba con el apoyo de la opinión pública ucraniana.

Después de tomar posesión como presidente de Ucrania, los primeros invitados que Víktor Yanukóvich recibió fueron los políticos de la UE, Catherine Ashton y Stefan Füle, quienes le presentaron un proyecto

que enumeraba las condiciones que debía cumplir el país para su posible ingreso, así como el dinero que recibiría por ello. Aunque Moscú partía de la idea de que Yanukóvich no estaría dispuesto a realizar las reformas que la UE exigía, ni mucho menos a liberar a la ex primera ministra Yulia Timoshenko – como lo pedía la canciller alemana Angela Merkel – Vladimir Putin empezó a presentir que el presidente ucraniano firmaría el Acuerdo de Asociación. Su primera reacción fue la llamada «guerra del chocolate», la prohibición de venta de los chocolates ucranianos en Rusia por supuestamente carecer de la calidad debida (Hoffmann et al., 2014, p. 29).

A partir de lo anterior, la posición de Putin se fue endureciendo y en Sochi le ofreció a Yanukóvich una subvención anual aproximada a los 12 000 millones de dólares, así como precios favorables en la compra de gas y petróleo, pero también lo amenazó con una guerra comercial que llevaría a Ucrania a la ruina. Según la revista alemana *Der Spiegel*, es posible que también lo presionara con hacer públicas sus numerosas corrupciones (Hoffmann et al., 2014, p. 29).

A partir de ese momento, Yanukóvich cambió de manera radical su postura y el 23 de noviembre de 2013 se negó a firmar el Acuerdo de Asociación. La «Declaración de propósitos» ya firmada, los acuerdos de gabinete y parlamentarios, los innumerables viajes de las delegaciones y las promesas mutuas fueron en vano. El tratado de la UE tenía más de 1 000 páginas. En la reunión de jefes de Estado y de gobierno de los países miembros de la UE en Vilna en 2013, la canciller alemana dijo al respecto con sarcasmo: «Me siento como en una boda en la que el novio en los últimos minutos pone nuevas condiciones» (Hoffmann et al., 2014, p. 29). Las protestas en las calles de cientos de miles de ciudadanos contra la negativa del gobierno a firmar el Acuerdo obligaron al presidente a huir y posteriormente a la formación de un gobierno de transición. A principios de 2014, se firmó la parte política del Acuerdo de Asociación entre Bruselas y Kiev, y tres meses después, la parte económica, que entrará en vigor en 2016.

No sólo la ampliación de la UE hacia Oriente ha molestado a Rusia; la de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ha resultado más irritante. Después de la desintegración de la Unión Soviética, Estados Unidos inició una política militar que consistía en rodear a Rusia

con «anillos de defensa», lo cual coincidió con la incorporación voluntaria a la OTAN de algunos Estados pertenecientes a la extinta Unión Soviética, que vieron en ello una oportunidad histórica para asegurarse de que su liberación de la influencia rusa no se revertiría. Actualmente 12 Estados del antiguo imperio soviético pertenecen a la organización atlántica.⁴ Como reacción a ello, Putin advirtió en la Conferencia de Seguridad en Munich en 2007 su desacuerdo con la ampliación de la OTAN en dirección a sus fronteras (Sotelo, 2007). Sin embargo, en Bruselas y en Berlín nadie quiso percatarse que Rusia se sentía amenazada por el avance de la OTAN hacia Oriente. Unos años más tarde Putin así lo ratificó y en su discurso sobre la «Reunificación de Crimea a Rusia» señaló: «No queremos que la OTAN se amplíe hasta nuestras murallas y gobierne junto a nuestra casa o en regiones que históricamente nos pertenecen». Y agregó: «No me puedo imaginar que viajemos a Sebastopol (un balneario en Crimea) a visitar a los marinos de la OTAN» (Schepp, 2014, p. 64). Moscú ve en los planes de los estadounidenses desplegar armamento en Europa — 250 tanques en Polonia y los países bálticos — una prueba de que Estados Unidos desea ampliar su zona de influencia militar y de que no está dispuesto a respetar los acuerdos. Así lo ha declarado Sergei Lavrov, ministro ruso de Asuntos Exteriores, «Washington y sus aliados persiguen abiertamente un rompimiento definitivo del Acta Fundamental entre la OTAN y Rusia de 1997» (Gathmann et al., 2015, p. 35).

Por otro lado, desde la desintegración de la Unión Soviética, los rusos han percibido una pérdida de la importancia de su país en la política global y han ido acumulando resentimientos ante lo que ellos perciben como triunfalismo de Occidente. El historiador alemán Heinrich August Winkler (2014, p. 28) señala que los rusos sienten ser víctimas de constantes humillaciones por parte de Occidente desde la disolución de la Unión Soviética. Del mismo modo lo considera el periodista moscovita Yuri Saprikin: «Rusia es un enorme país que sueña con poder escupirle a la cara a Occidente» y que todavía desprecia a sus líderes reformistas Boris y Mijaíl Gorbachov, porque bajo Gorbachov la gran potencia soviética se desintegró y bajo el gobierno de Jelzin la OTAN se amplió hacia el

4. Hungría, Polonia, República Checa, Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania, Rumania, Albania y Croacia.

Este (Neef, 2015a, p. 18). Existe además el sentimiento de que el país es permanentemente excluido de los organismos internacionales cuando se trata de buscar soluciones a problemas globales, como la lucha contra el terrorismo, el Estado islámico o la protección del clima (Gorbachov, 2015, p. 97). La inasistencia de los jefes de Estado de los principales países occidentales a las ceremonias que conmemoraban el 70 aniversario del fin de la guerra, fue interpretada por los rusos como un intento por parte de Occidente de pretender rescribir la historia de la guerra y de minimizar la participación rusa en la victoria de los aliados, lo cual muestra qué tanto Rusia se ha alejado de los europeos y qué tanto los separa unos de otros (Neef, 2015b, p. 88).

Desde la perspectiva estadounidense las cosas se ven diferentes. A partir de algún tiempo Estados Unidos ha estado planeando estacionar armas nucleares en Europa. A corto plazo se piensa depositar en Alemania y en los países de Europa del Este miembros de la OTAN, tanques, armas y equipo pesado para 5 000 soldados (Gathmann et al., 2015, p. 35). Con ello, el presidente Barack Obama pretende suavizar las preocupaciones de los Estados bálticos y de Europa del Este, que después de la crisis ucraniana se sienten amenazados por las agresiones rusas. Washington percibe que, con sus planes de renovación de armamento, los rusos han infringido los acuerdos básicos que regulan su producción, como el legendario tratado firmado por Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov donde ambas naciones se comprometían a destruir los misiles de mediano alcance y evitar su producción en el futuro. Según el *Komssmolskaia Pravda*, Rusia contará en 2015 con nuevo armamento: misiles Iskander de corto alcance para dos brigadas, 700 tanques, 126 nuevos aviones, 15 bombarderos modernos, 2 submarinos lanza-misiles y 50 misiles intercontinentales (Neef, 2015b, p. 89).

¿Y los europeos? Francia y Alemania no comparten la idea estadounidense de que exista un serio peligro para la paz mundial con el intento ruso de renovar y aumentar su armamento. A los aliados europeos les es difícil asegurarse de que Rusia realmente está infringiendo los tratados, pues no disponen de un servicio secreto tan efectivo como el de los estadounidenses. Pero tampoco están dispuestos a creerle a su gran aliado sin reserva alguna. El Servicio Federal de Inteligencia, el Bundesnachrichtendienst (BND), informa que «no existen cambios sus-

tanciales en la amenaza que pueda representar Rusia», y el vicepresidente de la BND, Guido Müller, en una reunión con diputados de la Comisión Parlamentaria para las Relaciones Exteriores, se refirió a la intención de Putin de adquirir 40 misiles intercontinentales como «un show propagandístico». El editorialista de la revista alemana *Der Spiegel* y experto en Rusia, Christian Neef, señala que el ejército ruso no dispone de armamento moderno, tanto los tanques como los aviones son obsoletos y no existen las condiciones para producir en serie el avión caza SU-35S.

Pero el esfuerzo de Rusia por recuperar su papel en el orden internacional no se limita al desarrollo de una política exterior, también incluye el apoyo militar a movimientos separatistas que buscan dividir de manera permanente a algunos países y poner las regiones conquistadas bajo el control ruso. El conflicto en Ucrania es la tercera ocasión en que Moscú intenta imponer esta estrategia: en Georgia, las regiones de Osetia del Sur y de Abjacia pasaron a control ruso; en Moldavia ocurrió lo mismo con la región de Transnistria. Después de la huida de Yanukovitch, Rusia vio el momento de actuar. El movimiento nacionalista en Moscú del profesor Alexander Dugin convocó a una revolución popular en Ucrania. Bajo el lema «tanques hacia Kiev», la división juvenil del movimiento propagó una intervención militar en el este de Ucrania (Neef, 2014b, p. 17). En Donetsk los separatistas ocuparon los edificios y en Járkov irrumpieron en los edificios administrativos en dos ocasiones con ayuda de rusos que viajaron ex profeso. «Rusia es consciente de su responsabilidad por la vida de sus nacionales y de otros ciudadanos en Ucrania y se concede el derecho de protegerlos», fue la declaración del Ministerio ruso para Asuntos Exteriores (Neef, 2014b, p. 17). Unidades del ejército con tanques y artillería fueron movilizadas, más de 4 000 hombres se aproximaron a la frontera con Ucrania. Siguió la ocupación de Sloviansk los referendos de independencia en Donetsk y Lugansk del 11 de mayo de 2014 y, como reacción, el inicio de la movilización militar del ejército ucraniano. Las fuerzas del nuevo presidente Petro Porochenko llegaron hasta Donetsk y fueron detenidas por los separatistas con el apoyo de militares rusos. Desde septiembre de 2014 impera un alto al fuego que no es respetado por ninguna de las partes.

Especial enojo en la opinión pública europea causó el derribo del avión HM17 de Malaysia Airlines proveniente de Ámsterdam, que el 17

de julio de 2014 se dirigía a Kuala Lumpur. Perdieron la vida 298 personas a bordo, de las cuales 192 eran holandesas, luego de que el Boeing 777 fue golpeado por un misil tierra-aire de tipo BUK, lanzado desde la zona dominada por los separatistas pro-rusos en Ucrania. Los holandeses, que son líderes en esclarecer las causas de catástrofes aéreas, realizaron un informe preliminar que enviaron a los países involucrados (Ucrania, Australia, Gran Bretaña, Malasia, Países Bajos, Rusia y Estados Unidos) para que hicieran sus observaciones. Sin embargo, en Moscú un representante de la Agencia Estatal para la Navegación Aérea apareció ante la prensa para desacreditar el documento públicamente, no obstante que se trataba de un informe interno (Gebauer, Neef & Schmid et al., 2015, p. 83). Aunque el análisis de los fragmentos indica que sin duda el avión malasio fue derribado por un misil ruso y existen conversaciones grabadas de los separatistas pro-rusos en que admiten haber derribado un avión civil, Rusia niega todas las acusaciones que señalen a los separatistas.

Pero, ¿qué mueve a Rusia a buscar la desestabilización de Ucrania? Desde la caída de la Unión Soviética, Rusia ha pretendido mantener la unión con Ucrania, y desde entonces también Occidente se ha esforzado por separar al país de la esfera de influencia rusa. La caída de Yanukóvich fue un momento clave para romper la amistad ruso-ucrainiana. La reacción de Putin no se dejó esperar y ocupó la península de Crimea, que Rusia le había cedido a Ucrania hace 60 años como símbolo de amistad. ¿Hasta dónde llegan las ambiciones de Putin por conquistar militarmente las regiones del este y del sur de Ucrania? Es una pregunta que nadie puede responder pero que está presente en los círculos gubernamentales occidentales. Ya los separatistas rusos han escenificado fuertes combates en las cercanías de la ciudad industrial de Mariúpol, que posee un importante puerto estratégico y que hasta ahora ha sido defendida por el ejército ucraniano. En el peor de los escenarios se piensa que, en caso de que Mariúpol cayera en manos de los separatistas, éstos seguramente buscarían llegar hasta la península de Crimea, de modo que toda la costa del Mar de Asov quedaría bajo influencia rusa. Otro escenario sería la ampliación de la influencia rusa hasta Transnistria, una república pro-rusa que se separó recientemente de la República de Moldavia. De ser así, Ucrania se quedaría sin ningún acceso a las costas del Mar Negro.

Lo que impacienta sobremanera a los líderes europeos, además de la intervención militar, son las contradicciones entre el discurso y la realidad que sigue la política exterior rusa. En los círculos diplomáticos reina el desconcierto pues nadie sabe a ciencia cierta qué tan lejos pretende llegar Putin en el conflicto con Occidente y se habla ya de una «Putinología» que reúne las especulaciones sobre sus acciones (Blome et al., 2014a, p. 21).

Desde el inicio de la crisis en Ucrania, Putin se ha empeñado en engañar a la opinión pública de Occidente. El 4 de marzo de 2014, declaró ante los periodistas que nunca había considerado la anexión de Crimea (Bidder, Gathman, Neef & Scheep, 2014, p. 82) y, dos semanas más tarde, festejaba en la Plaza Roja con un acto público la apropiación de la península. En una conferencia de prensa en marzo del mismo año negó la participación de soldados rusos en el conflicto, señalando que se trataba de «autodefensas locales», pero el nuevo «premier» de la «República Popular de Donetsk», Alexander Zajárchenko, admitió el 15 de agosto de 2014 la participación militar rusa. No sólo agradecía que le proporcionarían tanques, sino también a 4 000 «voluntarios» provenientes de Rusia, entre ellos militares activos (Bidder et al., 2014, p. 84).

Igualmente objeto de molestia ha sido la campaña de propaganda que Putin ha desplegado en su propio país. Ha recurrido a afirmaciones absurdas, lejos de la verdad, para justificar la intervención rusa, como cuando afirmó que el gobierno ucraniano había prohibido usar su idioma a la población de ascendencia rusa y que por ello Rusia debía protegerlos. O cuando explicó que grandes regiones de Ucrania, llamadas «Nueva Rusia», eran parte de Rusia desde tiempos imperiales (Neef, 2014b, p. 18).⁵ Debido al monopolio televisivo, la cúpula rusa puede manipular a la opinión pública en cualquier tema. Los corresponsales del portal de Internet cercano a Putin, «Lifenews», presentaron la foto de una niña herida que supuestamente se encontraba en la región de Donbass, escenario de los enfrentamientos en Ucrania, cuando en realidad la imagen provenía de Aleppo, en Siria (Bidder et al., 2014, p. 83).

5. Nueva Rusia fue parte de la Rusia zarista, el príncipe Potjomkin la conquistó en 1783 para Catalina II, una alemana que logró hacerse del trono después de la muerte de su esposo el zar. Pero lo que Putin denomina «Nueva Rusia» es una región muy poco homogénea. En Odessa solamente 20% de la población se considera descendiente de rusos; en Dnipropetrovsk, 17%, y en Jerson, 14%.

Pero en otras ocasiones Putin sí ha tenido palabras claras sobre su percepción de Occidente. En una conferencia en Sochi, ante periodistas rusos y extranjeros, Putin aseguró que Estados Unidos destruyó el sistema de derecho internacional y los acusó de pretender imponer un orden internacional unipolar (Blome et al., 2014, p. 21). Los llamados triunfadores de la Guerra Fría se empeñan en conformar un mundo de acuerdo a sus intereses.

Según Putin, Washington no sólo es responsable del terrorismo internacional, sino también de los conflictos en Irak, Siria y Libia. Mientras Estados Unidos interviene sin reparos en todas partes, Occidente culpa de ello a Rusia, refiriéndose a Ucrania. «Lo que se le permite a Júpiter, no se le permite al buey». Pero, «el oso no pedirá ningún permiso. El oso es el amo de la taiga y Rusia no la cederá a nadie, aunque también es cierto que no invadirá otras zonas climatológicas». De ahí que los líderes políticos europeos se pregunten dónde termina la taiga y dónde empiezan las otras zonas climáticas. Los altos funcionarios en Moscú también se expresan en el mismo tono: el jefe del Consejo de Seguridad en Moscú afirma que Occidente, con ayuda de Ucrania, «quiere desmembrar a nuestro país», y el presidente honorario del Consejo para la Política Exterior y de Defensa afirma: «Queremos que nuestros aliados y vecinos entiendan que el juego que desde hace 20 años han venido jugando se acabó. Hemos perfilado la zona de nuestros intereses geopolíticos y vamos a luchar por ella, sin piedad» (Neef, 2015a, p. 16).

Existen otras señales claras de que la política exterior rusa ha tomado un curso abiertamente antieuropeo (Blome et al., 2014, p. 21). En noviembre de 2014, en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), Rusia votó en contra de que la Misión EUFOR prolongara su presencia en Bosnia Herzegovina; la razón era el posible ingreso del país a la UE, que se mencionaba en la resolución. Al mismo tiempo, Rusia anunciaba su oposición a la posible candidatura de Alemania a la presidencia de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) en 2016. Hace poco, el Kremlin le notificó al embajador Rudiger Freiherr von Fritsch que declaraba a la directora de la División Política de la embajada alemana en Moscú, Sabine Stöhr, persona non grata. La diplomática fue removida a la representación alemana ante la OCDE en Viena.

Los esfuerzos rusos por reconquistar su zona de influencia son también bastante activos en los Balcanes, una región que Rusia considera estratégica. Según el político europeo Elmar Brok, el objetivo de Putin es presionar a los Estados balcánicos de tal manera que desistan de su propósito de convertirse en miembros de la UE o, como Estados miembros, influyan en sus decisiones de acuerdo a los intereses rusos. Esto lo confirma un documento presentado a Putin por el Consejo para la Política Exterior en Moscú, que señala: «En esta región tradicionalmente unida a Rusia no debemos limitarnos a invertir en empresas. Debemos gastar dinero en infraestructura y en los ciudadanos que ahí habitan y ven en Rusia una alternativa de poder en el mundo» (Blome et al., 2014, p. 21).

Conforme a esta recomendación, los ferrocarriles rusos dirigidos por un hombre de confianza de Putin, Vladimir Jakunin, modernizan en Serbia 350 kilómetros de vías ferroviarias a un costo de 75 000 millones de euros; la empresa de petróleo Lukoil es dueña de 79.5% de la red de gasolineras Beopetrol, y Gasprom es poseedora mayoritaria de las más prósperas empresas de gas. Según el gobierno alemán, los propósitos rusos hasta ahora han tenido éxito. Con tal de contar con la presencia de Putin, la ceremonia y el desfile militar que conmemoraba los 70 años de la liberación de Belgrado fueron adelantados cuatro días. En estos marcos, el presidente serbio le otorgó a su distinguido huésped la orden más alta del país (Blome et al., 2014, p. 22).

La política rusa no se detiene en las fronteras de la UE e intenta también influir en algunos de sus miembros, especialmente en Bulgaria, un país que es casi totalmente dependiente del petróleo y el gas ruso. Aquí, más de 300 000 rusos han adquirido propiedades. El temor europeo es que Putin pueda instrumentalizar a la minoría rusa conforme a sus intereses. Putin también cree poder dividir a los europeos con ayuda, por ejemplo, del crédito de 40 millones de euros que le otorgó un banco cercano al Kremlin al Frente Nacional de Marine Le Pen, el partido de extrema derecha francés que mantiene un curso antieuropeo (Díaz Valderrama, 2015). Incluso la prensa rusa insiste en interpretar como grietas cualquier discurso europeo que no esté en el mismo tono.

Ante esta situación, los líderes de los países occidentales han respondido con la imposición de sanciones y la exclusión de Rusia del grupo de

los ocho (G8). Para la élite política en Moscú el prestigio internacional es importante, por lo que la decisión de los jefes de Estado de los principales países occidentales de no asistir a la cumbre G8 en el balneario ruso de Sochi significó un duro golpe; lo mismo puede decirse de la exclusión de Rusia de la cumbre de Elmau, en Alemania. Si el G7 realmente sustituyera a Rusia por otro país, esto sería una afrenta todavía más dura para Putin (Amman et al., 2015, p. 37).

Otro duro mensaje a la política exterior rusa fue el boicot de los principales líderes occidentales a la conmemoración del 70 aniversario del fin de la Segunda Guerra, el 9 de mayo de 2015, en Moscú. El presidente del Consejo Europeo, y con ello vocero de los jefes de Estado y gobierno europeos, el polaco Donald Tusk, resumió la postura occidental con anterioridad al evento: «Estar parado en el desfile militar junto a los agresores y aquellos que en el este de Ucrania dirigen sus armas contra civiles, me parece, dicho de manera amable, contradictorio» (Neef, 2015b, p. 88).

Las sanciones que impuso Occidente a Rusia originalmente afectaban a 21 personas, pero ahora se han ampliado a 132 y a 28 organizaciones, extendiéndose hasta enero de 2016. Las sanciones comerciales congelan sus activos y prohíben la entrada a territorio comunitario, lo cual vulnera especialmente a la industria petrolera, que depende de tecnología extranjera para su extracción en el ártico. Estados Unidos ha dejado de enviar los instrumentos de extracción a Gazprom Burenie, una empresa que pertenece a Arkadi Rotenberg, un multimillonario amigo de Putin. A mediano plazo, la extracción de petróleo podría caer hasta en 10%, afirma Nikolai Gratschov del Centro de Innovación Skolkovo de Moscú. Junto a las limitaciones comerciales, las financieras muestran también sus efectos: los bancos europeos y estadounidenses ya no efectúan ningún préstamo a pagar más allá de 90 días a los bancos rusos, que en su mayoría son propiedad estatal y que dependen fuertemente del mercado occidental de capitales. Según la Comisión Europea, la reserva de divisas en Rusia ha descendido de 465 000 millones de dólares a aproximadamente la mitad («Die waffe zeigt wirkung», 2014, p. 57).

Rusia ha respondido igualmente con sanciones a funcionarios estadounidenses y canadienses: en agosto de 2014 limitó la importación de productos agropecuarios procedentes de los países que impusieron san-

ciones en su contra. Entre estos productos se encuentra la carne, los embutidos, el pescado, las hortalizas, las frutas y los productos lácteos.

A los factores mencionados que han llevado a las relaciones ruso-europeas a una profunda crisis, hay que agregar las constantes provocaciones. Los especialistas reconocen que el hostigamiento al exterior es un método de supervivencia de la élite rusa. El empresario ruso y ahora crítico de Putin, Mijaíl Jodorkovski, señala que se trata de un instrumento usual que contribuye a militarizar al pueblo. La constante violación del espacio aéreo por jets rusos, que ha denunciado el primer ministro de Finlandia, Alexander Stubb, debe entenderse como parte de esta política. Otros países que comparten fronteras con Rusia han hecho denuncias similares (Bednarz, 2014, p. 93).

Elementos de distensión

Los intereses de los 28 miembros de la UE son muy distintos. Mientras que a los países del sur parece no importarles mayormente la agresividad rusa, los países de Europa Oriental (especialmente Polonia, Estonia y Lituania) reclaman una posición más dura, pero todos coinciden que corresponde a Alemania negociar con Rusia; existe consenso en la idea de que solamente Berlín tiene la altura para tratar con los rusos. Angela Merkel, la canciller alemana, piensa que es importante hacerle ver públicamente a Putin como percibe Occidente su actitud y las consecuencias de sus actos, también favorece la idea de mantener a Rusia fuera de la comunidad del G8 (Amann et al., 2015, p. 36).⁶ Sin embargo, Frank-Walter Steinmeier, ministro alemán de Asuntos Exteriores y miembro del SPD (Partido Social-Demócrata que en coalición con la mayoritaria CDU [Unión Demócrata Cristiana] gobierna Alemania) ha optado por mantener una posición mucho más conciliadora. En noviembre de 2014, Sergei Lavrov, el ministro ruso de Asuntos Exteriores, dijo en una conferencia de prensa conjunta con Steinmeier: «Está muy bien, querido Frank-Walter, que a pesar de los numerosos rumores de los últimos días mantengas

6. Merkel es partidaria de la idea de que el G20 debe ser el lugar de encuentro con Rusia, una comunidad en la que participan también Estados autoritarios como China y Arabia Saudita, y que en el futuro no debe haber cambios (Amman et al., 2015, p. 37).

firme nuestro contacto personal» (Blome et al., 2014b, p. 22). Así que mientras la canciller adopta públicamente una línea más dura, el jefe de la diplomacia alemana se esfuerza por mantener un diálogo abierto y constructivo con su contraparte en Rusia. Aunque Steinmeier no cuestionó la exclusión de Rusia de la cumbre en Elmau, ha señalado que es necesario mantener la puerta abierta a Rusia para evitar un mayor aislamiento y para permitirle encontrar el camino de regreso a la comunidad del G8 (Amann et al., 2015, p. 37). En estos marcos hay que mencionar el Foro San Petersburgo que pretende fomentar el diálogo político entre miembros y organizaciones de la sociedad civil europea y rusa, y que la diplomacia alemana pretende a toda costa mantener abierto.

De cualquier manera, la política exterior alemana busca llegar a un acuerdo con Moscú al mantener la negociación dentro de los marcos europeos, con el fin de evitar la intervención mucho más agresiva de los senadores estadounidenses. Merkel ha conseguido que Barak Obama le otorgue el espacio político que necesita para imponer su política exterior, una política europea, y lo ha convencido de tener paciencia. Ha afirmado que «con Putin hay que probar una y otra vez, y para eso somos políticos» (Blome et al., 2015, p. 27). El temor de Merkel es que estalle una guerra en Ucrania en que Estados Unidos y Rusia se encuentren fuertemente involucrados. Para evitar lo anterior ha desintegrado el conflicto en una gran cantidad de detalles técnicos, que parecen absurdos en comparación con la amenaza que está presente, pero que bien pueden tener éxito, sobre todo si se tiene en cuenta que, a diferencia de la Guerra Fría, no existen actualmente contactos o instituciones confiables entre Estados Unidos y Rusia, ya que instituciones internacionales como la ONU y la OCDE han perdido significativamente su influencia.

Lo que parece importante es que la canciller alemana ha tomado la iniciativa y ha asumido un papel protagónico inusual en los esfuerzos por evitar que el conflicto escale. Después de su viaje a Washington se entrevistó con el presidente canadiense, voló de regreso a Berlín para estar presente en la ceremonia fúnebre del ex presidente alemán Richard von Weizsäcker, luego voló a Minsk donde negoció durante casi toda la noche y después voló a Bruselas (Blome et al., 2015, p. 28). Su empeño se concentra ahora en evitar que los estadounidenses proporcionen armas a los soldados ucranianos y que el alto al fuego sea permanente. No son

insignificantes las voces en Estados Unidos que se pronuncian por el envío de armas a Ucrania: el vicepresidente Joe Biden y el ministro de Asuntos Exteriores, John Kerry, se han manifestado en este sentido (Blome et al., 2015, p. 28). Desde luego Merkel ha asumido el riesgo de fracasar y de que los estadounidenses insistan en que los europeos son incapaces de negociar con Moscú y necesitan de su gran aliado cuando se trata de mostrarle los límites de sus acciones políticas y militares. Hasta ahora la canciller alemana ha obtenido cierto éxito. En primer lugar, ha logrado restablecer el eje franco-alemán, incluyendo en sus iniciativas al presidente francés Hollande, con lo que ha obtenido la fuerza necesaria para impactar a Putin. Con un despliegue diplomático sin igual entre Moscú, Kiev, Washington y Berlín, ha conseguido sentar en la mesa de negociaciones a las distintas partes e imponer un alto al fuego. En Minsk, en la larga noche en que Merkel, Hollande, Putin y el presidente ucraniano Petro Porochenko discutieron sobre la situación en Ucrania, en la cual estuvieron a punto de fracasar por el rechazo de los líderes separatistas Alexander Zajárchenko e Igor Plotnizki, pudo conseguir un acuerdo que despierta la esperanza de que la paz dure un poco más que el primer acuerdo. Desde luego que el Acuerdo de Minsk está lleno de interrogantes y que difícilmente podrá mantenerse, pero con él se logra ganar tiempo para buscar una fórmula más duradera. En el Palacio de la Independencia en Minsk, no solamente se discutieron líneas de marcación y elecciones locales, sino que se buscó poner fin al derramamiento de sangre en el este de Ucrania y, sobre todo, evitar una confrontación permanente con Moscú. Lo que está en juego son los alcances de la diplomacia europea que busca asumir su responsabilidad, solucionar conflictos sin la intervención de Washington y mostrar así su eficacia en la política internacional.

Sin embargo, existe un fundado escepticismo ante la falta de disposición de Putin para emprender negociaciones. El comisionado para Rusia del gobierno alemán, Gernot Erler, visitó recientemente Moscú para hablar con los representantes de la Duma sobre la difícil situación en Ucrania, pero no hubo quien quisiera hablar con él. Erler se convenció de que en estos momentos no hay nadie que tenga interés en dialogar (Blome et al., 2014, p. 21). Además, en los círculos gubernamentales estadounidenses y en los medios, se elevan las voces que se pronuncian por «medidas más duras» ante el cambio de la política exterior rusa. Así lo exige, entre mu-

chos otros, el ex ministro de defensa estadounidense Leon Panetta (Blome et al., 2015, p. 29). Los líderes de los Estados bálticos reclaman igualmente una reacción más contundente de la OTAN. El ministro de Defensa de Lituania, Juozas Olekas, afirma que «Rusia es un claro y real peligro. Solamente entiende el lenguaje del poder. Si no hacemos un frente decidido contra Moscú, se volverá más agresivo» (Puhl, 2015, p. 84).

La opinión pública rusa tampoco desea un nuevo conflicto armado

Si bien la popularidad del presidente Putin ha alcanzado más de 80% después de la anexión de Crimea y los rusos aplauden su demostración de dureza ante Occidente, ellos no desean una nueva guerra. En el siglo XX los conflictos militares le han costado al país más de 20 millones de vidas. Aunque Moscú trató de mantener ocultas las cifras de las víctimas de las guerras en Afganistán y en Chechenia, el recuerdo de estos conflictos aún se mantiene vivo. La agencia de opinión FOM, cercana al Kremlin, reporta que si bien 57% de los rusos piensan que su país debe apoyar a los separatistas en el este de Ucrania, sólo 5% quieren una invasión abierta y únicamente 9% está a favor de proporcionarle armas a los separatistas (Bidder et al., 2014, pp. 80-81).

Esta situación puede cambiar ante la constante glorificación de temas militares en los medios. Todas las noches en la televisión rusa se presentan nuevas «armas maravillosas» que supuestamente Occidente desconoce y que no está preparado para enfrentar. El comentarista, por ejemplo, menciona que los misiles Iskander, que Rusia instala en Kaliningrado, «llegan en dos minutos y 22 segundos a Varsovia. En ese tiempo, los marines de la OTAN no alcanzan ni a lavarse los dientes» (Neef, 2015c, p. 8).

La crisis económica en Rusia

Un factor que influye siempre en el curso de la política exterior de un país es la situación económica y los lazos comerciales. La pregunta que es necesario responder es si la crisis económica rusa favorece la distensión o, por el contrario, es un campo fértil para el escalamiento de la confrontación con Occidente.

En los últimos años la creciente clase media rusa se ha visto afectada por las sanciones económicas y la baja del precio del petróleo. La idea de Putin de utilizar las sanciones para incentivar su propia industria de consumo no tiene posibilidades de convertirse en una realidad a corto plazo. Debido a la mala situación financiera en diciembre de 2014, Putin se vio obligado a cancelar la construcción del gasoducto «South Stream», que debía transportar gas de Rusia al sudeste de Europa a través del Mar Negro y representaba uno de los proyectos que mayormente le interesaban (Bidder & Schepp, 2014, p. 77). A finales de 2014 se calculaba que la huida de capitales de Rusia ascendía a más de 100 000 millones de euros; desde 2008, los rusos han sacado de su país más de 500 000 millones. Actualmente la tasa de inflación alcanza 9%, en lugar de 5% que estaba previsto. Putin, que se había acostumbrado a los años de bonanza, se ha visto en la necesidad de frenar ciertos gastos del Estado: por decreto se han prohibido los aumentos en los sueldos de funcionarios, los gastos en el sistema de salud se han reducido en 21% y en educación en 6% (Bidder & Schepp, 2014, p. 77).

Actualmente el gobierno ruso puede seguir alimentándose de los frutos de los años anteriores. Desde que Putin llegó al poder en el año de 2000 y hasta 2013, la fuerza económica del país más grande de la Tierra se duplicó. Los sueldos se multiplicaron por el factor 13. Esto le permitió a Rusia terminar con ciertas dependencias y llenar sus arcas. A pesar de que el Banco Central ha apoyado al rublo con más de 50 000 millones de euros, las reservas del país todavía ascienden a más de 340 000 millones. Sin embargo, si las cosas siguen así se espera que en dos años se agoten.

La crisis, sin embargo, no sólo es una consecuencia de las sanciones o de la caída de los precios del petróleo. En los años del notable crecimiento económico, el Kremlin se abstuvo de solucionar los problemas estructurales de la economía, como la dependencia de materias primas y la corrupción. El gobierno ruso planeaba en 2013 obtener más de 13 000 millones de euros con la venta de empresas estatales a empresarios privados, pero sólo entraron 2 000 millones. Por esto decidió impulsar la formación de consorcios estatales que actualmente controlan cerca de 50% de la economía rusa. Casi todos los consorcios son presididos por amigos de confianza de Putin, especialmente de sus tiempos como jefe del Servicio Secreto, como Igor Setjin, director de la empresa petrolera

Rosneft, o el ya mencionado Vladimir Jakunin, director del ferrocarriles (Bidder & Schepp, 2014, p. 78).

Respecto de la pregunta inicial, es difícil decir si la crisis en la economía rusa actúa como un factor de distensión o, por el contrario, favorece el discurso anti-occidente, pues el presidente no se cansa de culpar a Europa y a Estados Unidos de dicha crisis. De ahí que los gobiernos occidentales se pregunten si deben agudizar las sanciones para aumentar la presión a Putin, o si hay que seguir una estrategia de estabilización que evite endurecer la posición de Moscú. Hasta ahora no hay una perspectiva que permita identificar con claridad en qué forma la crisis económica está afectando la política exterior rusa.

El panorama es un poco más optimista cuando se contemplan las relaciones comerciales entre Europa y Rusia. En los últimos años Europa se ha vuelto dependiente del gas ruso: Rusia suministra 30% de las importaciones de gas de los países de la UE. No sólo los países cercanos a Rusia, como Eslovaquia o los países bálticos, dependen totalmente del gas ruso, 35% del consumo total de gas en Alemania proviene de Rusia (Pauly & Traufetter, 2014, p. 77). Otros países que comercializan gas, como Holanda o Noruega, no podrían compensar esta cantidad. En caso de un embargo ruso de gas por nueve meses, una buena cantidad de países europeos tendría dificultades para activar adecuadamente la calefacción durante el invierno. Aunque Rusia ya trató en el pasado de presionar a Ucrania con el cierre del suministro de gas, también es cierto que la venta de gas a Europa le aporta a Rusia beneficios extraordinarios, en los momentos que requiere urgentemente de divisas. Por ello, hay motivos para suponer que las relaciones comerciales son un buen motivo para impedir que los conflictos escalen y se salgan de control.

El escenario más probable de tensión/distensión

Actualmente se puede observar que la voluntad política para evitar que el conflicto escale se encuentra distribuida desigualmente. Todo parece indicar que Putin está dispuesto a imponer sus intereses en Ucrania, no sólo de forma política y económica, sino también militarmente. Sabe muy bien que Occidente no está dispuesto a dejar morir a sus soldados por la unidad territorial del país. Ante esto, Occidente no tiene mucho que an-

teponer. Ya la sola imposición de sanciones económicas no cuenta con el consenso europeo. La canciller alemana se vio bastante molesta luego que la delegada para las Relaciones Exteriores de la UE, Federica Mogherini, cuestionara la efectividad de las sanciones (Blome et al., 2014a, p. 21).

Los rusos opinan que solamente la canciller alemana, Polonia y los países bálticos insisten en una posición dura contra Rusia, y parecen tener razón. Las posibilidades de Estados Unidos de detener la expansión rusa son muy limitadas. Es bastante difícil construir una coalición contra Moscú pues los aliados tradicionales de los estadounidenses, como Israel o Corea del Sur, prefieren mantenerse alejados del conflicto, y en los Estados miembros de la UE hay naciones como Hungría o Eslovaquia que se oponen abiertamente a ello.

El escenario con mayores posibilidades de volverse realidad es el plan seguido por Moscú. Para Putin ya la anexión de Crimea y el apoyo militar a los separatistas en Ucrania representan un logro significativo. Según Christian Neef (2014a, p. 99), el interés de Rusia es vincular las regiones dominadas por los rebeldes a una Ucrania federalista mediante el reconocimiento de un estatus especial, lo cual estaría fundamentado en una nueva Constitución. De ese modo surgiría una región oriental dominada por Rusia y el resto del país regido por Kiev. Ambas regiones, según el plan ruso, decidirían por sí mismas cuál alianza sería de su preferencia. Con ello se elimina la posibilidad de que el país se convierta en miembro de la OTAN o de la UE, y Moscú podrá gobernar el país junto con Kiev. Putin insistirá en que Kiev debe negociar directamente con los rebeldes y poco a poco reconocerlos. ¿Y Europa? En algún momento sucederá como ocurrió con Crimea y se resignará a la situación con tal de ver restaurada la paz en sus fronteras orientales. Aunque la canciller alemana insiste en que no habrá una solución militar y que no se pondrá en juego la integridad territorial de Ucrania, la realidad es que estas dos afirmaciones son irreconciliables (Blome et al., 2015, p. 28). En la cancillería alemana se repite que no habrá una reunión, como la de Yalta, en que se negocie una frontera que divida a Rusia y a Occidente. Pero, de facto, ya existe una que separa la esfera de dominio rusa de la región controlada por el gobierno ucraniano. Con ello, Putin lograría su fin inmediato. La pregunta que queda en el aire es si en el futuro buscará desestabilizar otra región que lo conduzca a un nuevo conflicto con Occidente.

Bibliografía

- Amann, M., Hofmann, C., Hujer, M., Katschak, C., Repinski, G. & Schepp, M. (2015). G-schrumpft. *Der Spiegel*, 24 (6.6), 36-37.
- Bednarz, D. (2014). Manche werden vorsichtig. *Der Spiegel*, 40 (29.9), 93.
- Bidder, B., Gathmann, M., Neef, C. & Schepp, M. (2014). Krieg ohne kriegserklärung. *Der Spiegel*, 36 (1.9), 80-84.
- Bidder, B. & Schepp, M. (2014). Im freien fall. *Der Spiegel*, 50 (8.12), 76-78.
- Blome N., Koeibl, S., Müller, P., Neukirch, R., Schepp, M. & Traufetter, G. (2014a). Zurück im Kalten Krieg. *Der Spiegel*, 47 (17.11), 20-22.
- Blome, N., Müller, P., Neef, C., Neukirch, R. & Schult, C. (2014b). Am nullpunkt. *Der Spiegel*, 48 (24.11), 22-25.
- Blome, N., Gebauer, M., Hoffman, C., Kurbjuweit, D., Neef, C., Pfister, R., Schepp, M., Schult, C. & Stark, H. (2015). Die längste nacht. *Der Spiegel*, 8 (14.2), 22-28.
- Díaz Valderrama, M. (2015, 4 de junio). Rusia financia a Le Pen y a otros partidos de ultraderecha. *cTxT Contexto y acción*, 20. Recuperado el 20 de agosto de 2015 de <http://ctxt.es/es/20150604/politica/1288/Francia-Rusia-Le-Pen-Putin-Europa-Uni%C3%B3n-Europea-Europa.htm>
- Die waffe zeigt wirkung*. (2014). *Der Spiegel*, 34 (18.8.2014), 57.
- Fundación de la Unión Económica Euroasiática. (2014). Recuperado el 20 de agosto de 2015 de http://mundo.sputniknews.com/trend/fundacion_union_economica_euroasiatica_2014/
- Gathmann, F., Gebauer, M., Hoffman, C., Repinski, G., Schepp, M., Schult, C. & Wiegrefe, K. (2015). Rückkehr der marschflugkörper. *Der Spiegel*, 26 (20.6), 34-37.
- Gebauer, M., Neef, C. & Schmid, F. (2015). Spur der schuld. *Der Spiegel*, 30 (18.7), 83.
- Gorbachov, M. (2015). Interview. *Der Spiegel*, 3 (10.1), 101.
- Hoffmann, C., Hujer, M., Neukirch, R., Schepp, M., Schmitz, G.P. & Schult, C. (2014). Gipfel des scheiterns. *Der Spiegel*, 48 (24.11), 29.
- Neef, C. (2014a). Weil wir im recht sind. *Der Spiegel*, 49 (1.12), 98-99.
- Neef, C. (2014b). Mitten in Europa. *Der Spiegel Chronik 2014*, 1 (4.12), 14-19.
- Neef, C. (2015a). Der krieg, den Putin führt. *Der Spiegel*, 8 (14.2), 16.
- Neef, C. (2015b). Einsamer Sieg. *Der Spiegel*, 16 (11.4), 86-89.
- Neef, C. (2015c). Die methode provokation. *Der Spiegel*, 26 (20.06), 8.

- Panetta, L. (2015). Putin versteht nur stärke. *Der Spiegel*, 8 (14.2), 29-30.
- Paully, C. & Traufetter, G. (2014). Sibirischer winter. *Der Spiegel*, 37 (8.9), 76-77.
- Puhl, J. (2015). Wo Putins reich auf die EU trifft. *Der Spiegel*, 27 (27.6), 84-86.
- Schepp, M. (2014). Schutzherr aller russen. *Der Spiegel*. (1.04), 62-65.
- Sotelo, I. (2007). Putin en Múnich. *El País*. Recuperado el 20 de agosto de 2015 de http://elpais.com/diario/2007/03/02/internacional/1172790020_850215.html
- UE: La Asociación Oriental en cifras. (2013). Euronews. Recuperado el 20 de agosto de 2015 de <http://es.euronews.com/2013/11/28/ue-la-asociacion-oriental-en-cifras/>
- Winkler, H. A. (2014). Ein neuer Sonderweg. *Der Spiegel*, 1 (29.12), 26-29.